

Entretanto, la noche trascurre, las estrellas se apagan en el firmamento, y la pálida claridad del crepúsculo comienza á blanquear las montañas del Oriente. Nada sin embargo ha venido á alejar el dolor que consume todos los corazones. La oración persevera, la confianza no se debilita, su esperanza no debe ser equivocada.

Todavía algunos instantes. . . y súbitamente se lanza un grito de todas las bocas á la vez: “¡Está viva! ¡Se alza de la muerte! ¡Alabemos á Dios!

El duelo hace lugar á la alegría, la admiración y el pasmo reinan en la vasta morada. Todas las miradas se fijan sobre el santo patriarca, y sobre aquella á quien sus plegarias han vuelto á la vida. Decimos, vuelta á la vida, porque habia salido de ella; habia franqueado el último punto del último límite, habia salido del tiempo, pertenecía á la eternidad, y la oración de Malachías ha sido tan poderosa, que el alma de la piadosa cristiana ha vuelto á tomar el camino por el cual cuando se va, es para no volver jamás. La noble dama llamada sobre la tierra, confiesa que es á la virtud del piadoso solitario á quien Dios ha concedido que vuelva á tomar su sitio entre los vivientes.

Pero el ministro venerable invita á todo el mundo á bendecir á Dios, que es el solo bastante poderoso para arrancar á la muerte su víctima. Unta del aceite sagrado á esta hija de su dolor, acordándose de que la enferma encuentra en este sacramento el remedio á sus faltas, y beneficios innumerables. Al instante sale de esta casa toda retumbante de alegría, para ir á repartir á otras partes las bendiciones de que el cielo lo ha colmado.

Por mucho tiempo todavía, la resucitada hizo la dicha de aquellos que le eran caros. Su reconocimiento por su bienhechor, no disminuyó con el tiempo. Se la vió, fiel en poner en práctica sus consejos, acordándose sin cesar de que las misericordias del Señor no engañan jamás, y que la plegaria de un hombre justo, es poderosa ante él.

Nuestros padres, mas sabios ó mas previsores que nosotros, querian, cuando recibian un sacramento, recibir sus frutos; así se guardaban bien de que se debilitasen sus facultades corporales y de espíritu *para ir á buscar los sacerdotes* y pedirles algunas gracias de que el Señor Jesús los ha hecho depositarios. Sabian que el sacramento de la Uncion estaba no solamente instituido para los enfermos, sino tambien para acabar de purificar el alma. Era muy comun en el tiempo de la fé, hacerse llevar ó ir por sí mismo á la iglesia para recibir la uncion del aceite sagrado, que nos señala por la eternidad. En ciertas parroquias habia unas capillas de la Estrema-Uncion, como tenemos en el dia las del bautismo. Ve-

mos que entonces, los enfermos no la recibian siempre acostados en su lecho, como sucede en el dia. Quien ha envejecido, ha visto morir á muchos; por poco que la existencia sea prolongada, ha venido bien frecuentemente á arrodillarse con las familias llorosas en los gabinetes de los espirantes; y cuando se ha asistido á esas grandes y sublimes escenas, se deberia no olvidarlas jamás. ¡Pero haced comprender esto á nuestro mundo tan fútil y tan nulo! ¡persuadidles cuántos pensamientos graves hay allí, y cuán dignos de conservarse en el alma, de detenerse un tanto sobre ellos, y de impedir que se borren con facilidad! No lo conseguireis. Entonces, cuando la enfermedad se agravaba y los sufrimientos agobiaban las fuerzas de un cristiano, se llamaba al mismo tiempo al sacerdote y al médico; y el hombre de la Iglesia, como aquel de la facultad, ambos á dos, despues de un maduro exámen, decian al enfermo cuál era su estado. Entonces aquel á quien Dios prueba, antes de dejar que su mal tome mas intensidad, prevenia á su muger y sus hijos, que habia resuelto ir á recibir á su parroquia la uncion santa, que alguna vez curaba el cuerpo, y que siempre hacia bien al alma fortificándola y purificándola. Con esta costumbre, la Estrema-Uncion causaba menos pavor á las gentes del mundo, que el que causa en nuestra feble y ruin época, donde un consuelo del cielo se vuelve espantoso.

Una verdadera fé dá robustez; así, para el cristiano que debia venir á la iglesia á recibir el santo aceite, hacia su familia preparar un lecho, pero un lecho de cenizas benditas, y esparcidas sobre las losas en forma de cruz, sobre las cuales estaba estendido un cilicio ó especie de saco rudo y grosero. Cuando el enfermo estaba acostado allí, el sacerdote, despues de haberle aspergeado de agua bendita, le hacia la uncion sobre el pecho, diciéndole: “Acuérdate hombre que eres ceniza, y en ceniza te has de convertir.” Despues de esta sentencia del Eterno, los sacerdotes recitaban las oraciones para pedir al Dios de bondad y de misericordia, diese la salud al cuerpo del enfermo y la salud al alma del pecador arrepentido.

Tal era la práctica ordinaria de los cristianos del quinto siglo (1) San Martin repetia á sus discípulos. “Luego que veais que mi hora se aproxima, si no puedo andar, llevadme á la Iglesia despues de haber hecho mi lecho de ceniza; desde allí es de donde el cristiano debe partir hácia Dios.”

Los reyes venian á morir sobre este lecho de penitencia y de humildad: San Luis, Luis el Gordo, Enrique III, monarca inglés, San Fernando. (1) Delannoy de Sacr. Uctiones infirmorum. 554.

nando de España, han sido tendidos allí, antes de entregar su alma al rey de reyes.

Seame permitido reproducir aquí el cuadro de los últimos momentos de San Luis; los que llevan coronas, como los últimos ciudadanos, tienen necesidad de aprender á bien morir.

“Juan Pitard, Pedro de la Brosse y el canónigo Dudon, no abandonaron un momento al monarca, cuyas fuerzas declinaban mas y mas. Por medio de sonrisas tristes y llenas de bondad, y de tiempo en tiempo por algunas palabras dulces, Luis les agradecía sus vigiliias y sus solícitos cuidados; otras veces les hacia seña de que les tocaba su turno á los médicos espirituales. Entonces los capellanes se aproximaban y “le confortaban con buenas lecturas y piadosas exhortaciones.” En estos momentos, consagrados á la oracion y á las cosas eternas, venia sobre las facciones del moribundo, una indecible serenidad, y entonces los hombres de Dios, los prelados, los sacerdotes se sentian tentados á caer de rodillas cerca del lecho y pedir al santo, que parecía ya entrever las alegrías celestes, que rogase por ellos y los bendijese. ¿No eran, pues, ellos en efecto, quienes habian de tener necesidad de ser consolados?

“Entretanto, la fiebre redoblaba, y el aniquilamiento parecia cercano á sus últimos límites, cuando se anunció el desembarque en el cabo de Cartago, de los embajadores de Miguel Paleólogo. Era un deber recibirlos; Luis, tódo débil como estaba, quiso cumplirlo. Para oírlos, el rey de Francia no se sentaria mas en su majestad y su fuerza sobre el trono de sus padres; era cristianamente, humildemente sobre la paja y la ceniza, con una cruz planteada en el suelo, y extendidos sus brazos sobre él como para protegerle. Esta pompa lúgubre tenia su majestad: así los embajadores, al penetrar en el pabellon adornado de las flores de lis, fueron poseidos de un movimiento religioso, que les hizo prosternarse. Luis les hizo seña de levantarse, y les invitó á llenar su mision cerca de él. “Despachaos, les dijo, porque el tiempo urje.”

“Entonces estos enviados griegos, esplicaron al rey á medio levantar de su lecho humilde, que estando en Cabo Passaro en Sicilia, habian sabido el desembarque del ejército cristiano en frente de Tunez, y que no dudando de la victoria de los francos, habian venido á suplicar al monarca gefe de la cruzada, intercediese en su favor cerca del rey de Sicilia, su hermano, para que despues de su expedición de ultramar no volviese sus armas formidables contra su emperador Miguel Paleólogo segun la intencion que habia manifestado.

“Luis, tocando ya á su momento supremo, reunió todos sus esfuerzos para asegurarles el testimonio de su mas vivo deseo de mantener la paz.

“Despues de esta audiencia, grandemente solemne, Luis volvió á dejar caer su cabeza sobre su almohada de paja, y se durmió con un tan profundo y tranquilo sueño, que su hija Isabel de Francia, su sobrino Roberto d'Artois, Amicie de Comtenay, Isabel de Aragon, y muchos barones y caballeros, á quienes la enfermedad no habia alcanzado y que no salian de la tienda real, estallaron en sollozos creyendo que el buen rey acababa de pasar de las pruebas de la vida á los alegrías del cielo.

“Esto era el 24 de Agosto: el pabellon escarlata adornado de flores de lis, bajo el cual pasaba esta memorable escena, estaba lleno de la familia real, de los obispos, los sacerdotes, los predicadores dominicos, los príncipes, los mercaderes, caballeros y antiguos servidores de la casa real. El santo rey, viendo los hijos que debian sucederle, arrodillados cerca de la cabecera de su lecho, estendió la mano sobre la cabeza del príncipe, y habiéndole mandado sentarse, á causa de la debilidad que le habia dejado la enfermedad, le hizo aquellas admirables y evangélicas recomendaciones escritas en la historia para la enseñanza de todos los reyes, y sobre este libro de vida, que los ángeles y los arcángeles guardan en los archivos de la eternidad.

“Cuando hubo dado estos consejos, tan paternal, tan régicamente, á Felipe de Francia, Luis hizo aproximar á su turno á su hija Isabel, y le entregó un escrito que habia hecho para ella, y otro para la mas jóven de sus hermanas, Angela, prometida al duque de Borgoña; estas últimas recomendaciones, respiran todavía tolo su ardiente amor a Dios: “Mi muy cara hija, dice á la reina de Navarra, pensad bien: que muchas gentes se duermen algunas veces en locos pensamientos y son despertadas en la eternidad. El mejor modo de amar á Dios, es amarlo sin medida.”

Mientras que esta mision de Padre y de rey, no le parecia terminada, Luis habia, por decirlo así, pedido un respiro á sus sufrimientos, y un poco de espera á la muerte, que veia avanzar á grandes pasos; pero cuando ya creyó, que no tenia mas órdenes que dar como rey, ni mas consejos como padre, ya no quiso separar del cielo ni sus pensamientos, ni sus miradas. Estendido sobre su lecho de cenizas, con una edificante y maravillosa resignacion, presentaba á los sacerdotes que le administraban, sus piés, sus manos, y presentaba su pecho para ser untado del santo aceite que fortifica al cristiano moribundo. Despues, así preparado para el gran viaje, recibió el santo viático, de rodillas sostenido por debajo de sus brazos, por dos viejos servidores arrasados en lágrimas, mientras que él sonreia á los ángeles, y habia querido poderse lanzar ante Dios que venia hácia él.

“El santo no tenia casi nada ya en la tierra; inmóvil, los brazos cru-

zados sobre el pecho. El gran rey reposaba, como el labrador que llega al fin de su tarea, ó como el viajero que se asienta por última vez en el umbral de su morada, antes de partir para las regiones lejanas.

“Su familia, sus amigos, sus compañeros de armas, sus servidores admitidos bajo su tienda, no oían ya su voz; pero por el movimiento de sus labios veían que rogaba siempre. En ciertos momentos, el silencio solemne guardado al rededor del moribundo, era interrumpido por algunos suspiros, que se lanzaban del real corazón, que iba bien pronto á cesar de latir.....

“Una vez exclamó el agonizante: “Buen Dios, ten misericordia de este pueblo que queda aquí, y me ha seguido sobre esta playa ¡Oh! conducidle á su país, á fin de que no se vea obligado á renegar de tu santo nombre.

“En otro instante se le oyó decir, juntando las manos: Haced, Señor, que podamos desdeñar las prosperidades de este mundo, y aceptar benignamente sus adversidades.

“Después, sus labios murmuraban palabras que apenas se podían entender; tanto desfallecía su voz; pero se distinguieron estas: ¡Oh Dios mío, santifica tu pueblo, y vela sobre él.

“Palabras incoherentes, sonidos vagos, frases incompletas y como dirigidas á seres invisibles, salían todavía de su boca, y su confesor, inclinado sobre él, escuchaba, para que no fuese perdido ni un solo deseo del moribundo; para que todas sus voluntades fuesen religiosamente recojidas y ejecutadas; y el santo sacerdote, prestando así su oído, adquirió la prueba de que el espíritu de su real penitente se ocupaba todavía de la conversión de los infieles. Llegando ya á su hora suprema Luis repetía lo que frecuentemente se le había oído decir en el consejo. Por Dios, tratemos de estender el reinado de Jesucristo, y hagamos predicar su santo Evangelio.

“El pensamiento dominante de la vida, se encuentra casi siempre sobre los labios de los moribundos.

“Por intervalos, la palabra del santo rey tomaba fuerza, y entonces invocaba la santa Virgen, madre del Salvador, y los bienaventurados habitantes del cielo, hácia los cuales había tenido mas devoción. Eran los patronos de la Francia, San Dionisio y Santa Genoveva.

“El nombre de Jerusalem se escapaba también de su boca, y sobre todo de su corazón. Desde la infancia, el hijo de Felipe, había oído repetir en sus lecciones, en su vida de familia, en los sucesos políticos de su tiempo, este gran nombre que revelaba tantos recuerdos! ¡Jerusalem ciudad de David y de los profetas! ¡Jerusalem, testigo de la pasión de

Cristo, y regada con la sangre del Redentor! ¡Jerusalem de Godefroi, de Bouillon y de las primeras cruzadas! ¡Jerusalem, que había debido ser la capital del mundo cristiano! ¡Oh, si! En estos últimos momentos, Luis IX volvía á venir á este objeto de todos sus deseos, y de su constante ambición!

“En el pensamiento cristiano, hay dos Jerusalem; la del cielo y la de la tierra. San Luis aspiraba á las dos.

“Entre la hora de tercia y medio día, pareció dormir; tuvo los ojos cerrados como por espacio de media hora ó mas.

“Mas de repente se reanima, abre los ojos, se levanta sobre su lecho, estiende sus brazos hácia el cielo, y exhalando un gran suspiro exclama: ¡Señor, entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo!

“Después de este rasgo fervoroso, de este vuelo del alma cristiana, el despojo mortal de Luis, abatido por la fatiga y la enfermedad, volvió á caer sobre la ceniza. Y las puertas del reino eterno se abrieron para recibir entre los bienaventurados el modelo de los reyes (1).”

Desde la institución divina de la Estrema-Uncion, ¿ha presentado jamás este sacramento de los moribundos, un cuadro mas grande, mas santo, mas sublime, que el de la muerte de Luis IX.....? Yo creo que se buscará en vano en las crónicas antiguas y modernas, en las historias sagradas y profanas, otra cosa que le pueda ser comparada. También puede ser que yo me haya dejado arrastrar por el gusto de describir todas las fases de esta real agonía.

La religion católica es tan bella, tan rica en preceptos y consuelos, que cuando ella viene á traer su ayuda al desgraciado, que para vivir, ha comido el pan amasado con el sudor de su frente, y regado con sus lágrimas, es tan majestuosa, tan maternal, al lado del pobre lecho del mendigo, como cerca del monarca agonizante bajo su dosel de púrpura y oro.

En la miserable habitacion del artesano, viene á sentarse al lado del hombre gastado por el trabajo y la miseria, y le recuerda todos sus malos dias, todas sus largas noches de vigilia, todas las fatigas del padre, todas las angustias de la madre, para buscar el pan á los hijos que crecían en la necesidad. Toda esta revista de lo pasado, toda esta enumeracion de tribulaciones, de inquietud y de miseria, no la hace el sacerdote, mas que para colocar ante los ojos del moribundo todos los derechos con que su paciencia y su resignacion le han asegurado los goces eternos de las regiones bienaventuradas. Le muestra todas las lágrimas que ha vertido, como perlas de su inmortal corona; sus humillaciones como títulos

(1) San Luis y su siglo, por el vizconde Wash.

de gloria, y todos los grados de su profunda miseria, como las gradas para subir y llegar á los celestes atrios.

El sacerdote habia dicho al hombre que ahora está gimiendo sobre su lecho de agonía, cuando le habia sido llevado niño en sus mantillas para ser bautizado: Vos sois el hijo de un Dios tres veces Santo: sed pues tambien tres veces santo en vuestro corazon y en vuestro cuerpo. Entonces él, habia escrito esta leccion sobre sus sentidos; despues le habia revestido de una ropa de inocencia, diciendo al pequeño neófito: Recibid esta ropa blanca, y llevadla sin mancha hasta el tribunal de Jesucristo.

El niño á quien el sacerdote hubo hablado así, vino á ser hombre; ¡y hélo aquí, despues de haber penosamente caminado en medio de las zarzas y las espinas del valle de lágrimas, hélo aquí, gastado por el trabajo, la necesidad y la adversidad, tendido sobre su lecho de agonía! En este momento supremo y tremendo, al través del velo que se estiende sobre los ojos de los moribundos, el cristiano que va á verse libre del peso de la vida de acá abajo, vuelve á ver al ministro de Jesucristo, que le ha abierto las puertas de la Iglesia el dia de su bautismo. Si el infortunio ha sido constante para este hombre, si ha seguido cada uno de sus pasos, si se ha ligado á cada uno de sus dias, no ha sido solo á encarnizarse contra él: el desgraciado ha tenido al mismo tiempo otra compañera, que no le ha dejado de acompañar en los rudos senderos de las pruebas: esta es la religion.

Despues de haber hecho correr el agua regeneradora del bautismo sobre la cabeza del niño.... no ha separado su vista del pequeño cristiano, y revelándole por sus lecciones maternas, un nuevo misterio, lo conduce al celeste banquete.... Aun no es todo; ella lo conduce ante el obispo, para que el pastor vuelva fuerte al cordero que iba á alejarse del redil y apacentar á lo lejos.

“Así es, dice un santo padre (1), que por sus sacramentos, la Iglesia rodea su atleta de todas las condiciones de la victoria, y lo mantiene á una gran altura de pensamientos. El sentimiento profundo de su dignidad, jamas le es tan necesario, como en el momento en que la lucha va á terminar, pues acabará, siendo mas encarnizada y mas decisiva; y mientras el eterno enemigo del hombre, aquel que despues de haber degradado al padre del genero humano, pugna incesantemente por marchitar hasta el último renuevo de su raza, multiplica sus esfuerzos y sus astucias, hé aquí la Iglesia, que redobla su solicitud para ofrecer á su hijo los medios de defenderse y de vencer.

(1) El abate Gaume, Catec. de Persev.

“Observad, que este es el momento donde la grandeza del hombre parece desaparecer, el momento en que debilitado por la enfermedad, su sér exterior va á pulverizarse, para caer en la tumba: yo no sé que haya otro nombre en lengua alguna; el momento en que los amigos, los parientes llorosos, confiesan su impotencia, y deploran una ruina próxima, irreparable; el momento, en fin, en que el hombre no es mas que un objeto de horror, de disgusto y de piedad, cuando la Iglesia católica, desplegando la pompa de sus ceremonias y toda la riqueza de sus gracias, viene á revelar á nuestros ojos la dignidad de la naturaleza humana.”

Sobre esta tierra donde nos es dado vivir algunos años, hay dias en que el sol, fuente de luz, deja velar su esplendor; las nubes se amontonan amenazantes, cargadas de rayos y tempestades; un silencio de inquietud y de espera pesa sobre la naturaleza. El espanto reina sobre todas las cosas creadas..... cuando un cambio repentino se verifica en el cielo; se habia temido la tempestad, y todo se disipa dulcemente y sin esfuerzos; no queda mas que el recuerdo de un dia un poco mas sombrío que la vispera..... un soplo ligero ha bastado para traer la calma y la tranquilidad.

Así sucede en la vida del hombre. Los dias borrascosos se pasan, el porvenir pierde su inmensidad, y no aparece sino semejante á un campo de poca estension. Una voz nos grita, que nuestras horas están contadas y nuestros dias limitados; que ya es tiempo de disponerlo todo para los últimos instantes, porque se aproxima la noche en que no podremos hacer nada. Entonces, la religion nos abre su corazon, sus bendiciones se reparten con abundancia, calma los terrores que se levantan, dispone el alma á todos los sacrificios, y despues, cuando la oracion se ha elevado ardiente y humilde, acompañada de la gracia del último sacramento, el soplo del Señor se levanta, las nubes desaparecen, y se hace estender esta voz dulce, como un rayo luminoso despues de la tempestad: *Heme aquí, hijo mio, porque me habeis llamado.*

¡Entonces, en toda la familia hay una grande alegría, porque un hijo que estaba muerto, ha vuelto á la vida! Pero este retorno inesperado, desde las puertas de la eternidad, al tiempo que se mide y que pasa, se cuenta raras veces, aunque el sacramento de la Estrema-Uncion, será poderoso para operarlo, pero de ordinario, la sentencia pronunciada se ejecuta. Dios no hace mucho caso de esta tierra, para prolongar mas allá del término designado el destierro de sus hijos. El tiempo de las pruebas es demasiado largo, para que sea necesario agregarle algunos dias mas.

Cuando el momento ha llegado, cuando las angustias se aumentan de hora en hora, como las grandes aguas se desbordan, y van siempre en

umento, y anuncian que bien pronto los lazos de la vida van á ser rotos, la religion, que ya ha fortificado al moribundo por sus unciones, se acerca mas y mas á él, como una madre que vela por su hijo. Compañera asidua y fiel de toda su vida, no le abandonará hasta despues de haberle entregado en brazos de su Padre.

Ella ha tenido, como acabo de decir, sus oraciones y sus himnos, para sus dias de alegría; ella los tiene tambien para sus dias de tristeza, para su último suspiro. En el dia del placer, eran consejos maternales los que daba. ¡El mundo entonces parecia embriagador! ¡El porvenir, tan lleno de calma y de esperanza! ¡El tiempo de la vida, tan largo y tan seguro! ¡Ay! ¡Cuántas ilusiones arrullaban el corazón del hombre! Ella podia, pues, creer que las seducciones no arrastrarian al hijo de su amor; pero al presente, sus acentos son plañideros; ella implora, ella invoca con lágrimas y gemidos; despues su confianza se anima; se acuerda de las misericordias de su Dios; su mirada entrevee las claridades de las regiones eternas. Su lenguaje se eleva, sin dejar de ser suplicante; se creeria oír un canto de triunfo, despues de un combate dudoso y prolongado. Jamas, nada mas tierno, nada mas poético, nada mas sublime se ha escrito en lengua alguna.

¡Oh vosotros, jóvenes ó viejos, ricos ó pobres, felices o desgraciados, que leais las páginas que he escrito en mis ancianos años, mientras que un clamoreo mortuorio resuena y gime en la iglesia de la aldea (1)! Os suplico que vuestra inteligencia no las repase con ligereza, porque vendrá un dia en que tendréis tambien que luchar contra la muerte. . . . Lágrimas amargas correrán sobre vosotros como sobre una ciudad tomada por asalto, y las voces mas amadas serán impotentes para consolaros. . . . Vuestra mirada penetrará en el porvenir; pero este porvenir será para vosotros el silencio absoluto de las tumbas. . . . La incertidumbre de vuestra suerte eterna. . . . Puede que los remordimientos os asalten entonces, y entonces la religion sola podrá calmaros. Dios solo podrá apaciguar vuestros pesares, y daros la paz y el perdon. ¡Dichosos, si vuestro corazón puede comprender su lenguaje, y vuestra alma responder á sus cantos de esperanza!

Recordemos el aterrador, el lúgubre silencio de la alcoba de un agonizante; hagamos memoria de la poca luz que allí se deja penetrar, como para acostumbrar al moribundo á la profunda noche de la tumba. . . . En esta ausencia de claridad y de ruido, no se oye mas que la respiracion anhelante del enfermo que lucha con la muerte; ó bien una palabra torpe que se escapa de sus labios medio helados ya, y del pecho que se lle-

(1) La iglesia de Chaumont-sur-Loire, 13 de Octubre de 1850.

na y oprime mas y mas. . . . de esa voz que se va á extinguir, y no hablará mas acá abajo, nada se debe perder. . . . Tambien, todos aquellos que rodean el lecho, están silenciosos y atentos, reprimiendo su dolor, sofocando sus sollozos y conteniendo sus lágrimas. . . . ¡Ay! pocos habrá entre nosotros, que no hayan orado y llorado en las cámaras mortuorias, y que no se acuerden de esto que yo he pasado. Apelemos, pues, á nuestras emociones pasadas, recojámoslas al rededor del cristiano agonizante, y escuchemos á nuestra Madre. . . .

“Sal de este mundo, alma cristiana, dice el ministro de Jesucristo; sal en el nombre de Dios Padre que te ha criado; sal, en nombre de Jesucristo Hijo de Dios vivo, que ha sufrido y muerto por rescatarte; sal, en nombre del Espíritu Santo que se ha derramado sobre tí. Parte, en el nombre de los Angeles y de los Arcángeles; en el nombre de los Tronos y de las Dominaciones; en el nombre de los Príncipes y de las Potestades; en el nombre de los Querubines y de los Serafines; en el nombre de los Patriarcas y de los Profetas; en el nombre de los Apóstoles y de los Evangelistas; en el nombre de los santos religiosos y de los solitarios; en el nombre de las vírgenes, y de todos los santos y santas; que tu permanencia sea al presente en la paz, y tu habitacion en la celeste Jerusalem. . . .”

¡Qué brillante, qué majestuoso cortejo! ¿Y para quién llama así la Iglesia, á todos los bienaventurados, habitantes del cielo? Para el alma del último pobre cristiano, ignorado de todos, lo mismo que para la del mas poderoso monarca, obedecido por millones de hombres. . . .

Otras veces un heraldo recordaba á los triunfadores que eran mortales, y esta advertencia se elevaba el dia de gloria al rededor del carro triunfal: la religion invita al vencedor de sus pasiones á marchar á la inmortalidad. Era al Capitolio á donde Roma conducia los héroes victoriosos de la patria; es al seno de su Padre, en los brazos del Redentor, al santuario lleno del amor del Espíritu que lo ha santificado, á donde la religion conduce á su hijo. El carro de los triunfos terrestres estaba rodeado y seguido de cautivos encadenados, frecuentemente condenados á muerte. El cristiano marcha radiante de gloria, en medio de todos los triunfadores recibidos en la patria celeste. Al rededor de ellos, no hay un grito de maldicion, ni una lágrima de tristeza y de amargura; los cantos que se hacen oír á su paso, son himnos de bendiciones. . . .

Oid al sacerdote continuando en hablar á nombre de la Iglesia. . . . “¡Partid, alma cristiana, partid! ¿Quién, de aquí adelante, os podrá retener en este valle de lágrimas. . . .? Mirad en lo alto brillar la corona reluciente y radiosa de los santos; contemplad la gloria sin tasa de los